

El primer interés sistemático de Anagrama en el ámbito de la narrativa fue en 1976 con la colección «Contraseñas», iniciada con Bukowski, Copi, Brautigan, las estrellas del Nuevo Periodismo (la así etiquetada «literatura forajida»). Pero en 1981 decidí apostar también por una literatura menos adjetivada y empezamos «Panorama de narrativas» con Jane Bowles, Grace Paley o Thomas Bernhard, gloriosos autores de culto, muy pronto consolidada con los grandes éxitos de Patricia Highsmith y sus Ripley, así como por el bombazo de *La conjura de los necios*. Por cierto, en los ochenta, varias editoriales tuvieron la fortuna de acoger los llamados «*bestsellers* de calidad» (fenómeno ahora casi impensable): *Memorias de Adriano*, *Bella del Señor* o *La insoportable levedad del ser*.

Mientras, en lengua española, ya en los setenta, se divisaba la aparición de algunos autores, en especial Eduardo Mendoza con *La verdad sobre el caso Savolta*, o los primeros libros de Javier Marías o Juanjo Millás, de gran calidad literaria pero alejados de las estériles apuestas por, digamos, las novelas experimentales que proliferaban en Europa y también en España, ahuyentando comprensiblemente a los lectores.

Parecía oportuno, a partir del éxito de «Panorama de narrativas», convocar un premio de novela en lengua española pensando en aquellos autores que pudieran sentirse atraídos por la editorial (los premios más literarios, como el Barral y el Biblioteca Breve, habían desaparecido, y el Nadal quedaba muy lejos del fulgor de sus dos primeras décadas, los cuarenta y cincuenta). Lo pusimos en marcha y tuvimos la fortuna que el primer galardón lo obtuvo, en 1984, un casi desconocido Álvaro Pombo con *El héroe de las mansardas de Mansard*, que tuvo una extraordinaria recepción crítica. A partir de entonces, y para limitarme a los premiados o finalistas de los años ochenta, figuran en el palmarés del premio escritores como Marías, Azúa, Molina Foix, Vila-Matas, Tomeo, Díaz-Mas, Chirbes o Sánchez Ostiz. Es decir, miembros relevantes de lo que fue bautizado por la prensa cultural como «nueva narrativa española», que, por primera vez en nuestras letras y de forma masiva, tuvo una considerable acogida internacional y figuró en los mejores catálogos

extranjeros, hasta entonces prácticamente copados por los nombres mayores (y también medianos) del *boom* latinoamericano. Más adelante, en especial a partir del año 2000, tras el *boom* Bolaño y según el vaivén de las cosechas, se alcanzó una suerte de equilibrio en la difusión internacional (Premios Nobel aparte) entre autores latinoamericanos y españoles.

Jorge Herralde